

Prohibido aburrirse (y aburrir). Lecciones aprendidas en una vida dedicada a la ciencia

JAMES D. WATSON

Tusquets, Barcelona, 2010. 361 pp. ISBN: 978-84-8383-277-6

La obra que voy a reseñar es la de un prolífico científico, uno de los más importantes del siglo pasado, que ha pasado a la historia como codescubridor de la molécula de la vida: el ADN. Esta autobiografía de James D. Watson (Chicago, 1928) es una muestra espléndida de la personalidad del biólogo norteamericano.

Prohibido aburrirse (y aburrir), Lecciones aprendidas en una vida dedicada a la ciencia, obra traducida por Dulcinea Otero-Piñero, tiene un título original que no es exactamente el mismo: *Avoid boring people. Lessons from a Life in Science*. No entro en los criterios editoriales, pero constato que el título en inglés es más preciso de acuerdo con los contenidos de la obra de Watson.

El texto del Nobel tiene un Prólogo, una Introducción, 15 capítulos, un Epílogo y un Reparto de personajes, apartado este último en el que se refieren escuetas biografías de científicos que aparecen en la obra. También podemos ver numerosas fotografías de Watson acompañado de familiares y colegas.

Hay que anotar que todos los capítulos comienzan de la misma manera: *Actitudes...* que adopté de niño, apropiadas para un Premio Nobel, para conservar trabajos, etc. Asimismo, estos quince apartados finalizan con unos consejos teóricos y prácticos reunidos, en todos los casos, bajo el mismo epígrafe: *Lecciones que recuerdo*. Estas Lecciones, numeradas y ordenadas, son explicadas al final de cada capítulo con otro encabezamiento concreto. Así, *Sé el primero en contar una buena historia*, *Un editor inteligente importa más que un gran anticipo*, *Elige un agente cuyos consejos estés dispuesto a seguir*, son tres de los ocho consejos que da Watson sobre las actitudes que hay que tener para escribir libros interesantes.

La obra, desde un primer momento, nos señala que su autor quiere indicar muchos detalles de su vida, algunos nimios, otros innecesarios o aburridos, bastantes de gran interés, otros complejos... que de todo hay en esta autobiografía. Por eso sabemos que nació en una familia que *creía en los libros, en las aves y en el Partido Demócrata* [p. 15], tres creencias que aparecen en muchas hojas de esta obra. Muchos años después, durante su primer viaje al Caltech, en tren y durante día y medio, nos dice que *a través de las ventanas del tren empecé a ver urracas y gorriones de ala blanca cuando los maizales dieron paso a zonas de pradera* [p. 92]. Asimismo, en la década de los 60, se convirtió en un gran partidario de Kennedy y le entusiasmó que muchos profesores de Harvard trabajasen como colaboradores de ese Presidente; en 1961, Watson se convirtió en asesor del Comité Científico Asesor del Presidente (PSAC) con unos honorarios por jornada de trabajo de 50 dólares.

Los detalles de la vida del autor son numerosos, y esto es interesante para conocer su personalidad; un niño que a los diez años se ocupa de nuestra Guerra Civil [p. 20], que le gusta ir al colegio [p. 23], que estudia con profesores de la talla Muller y Luria y que escribe: *Fui más que consciente de las ventajas de haber estudiado en la Universidad de Chicago donde aprendí la necesidad de ser franco y llamar basura a lo que es basura* [p.62]. Y es que en la autobiografía se nos muestra un Watson sin complejos, capaz de poner por escrito frases lapidarias: *la calidad de los alumnos importa mucho más que la de tus colegas docentes* [p. 145]. Cuando, en 1956, llega a Harvard, Universidad que se consideraba a sí misma como la mejor de los Estados Unidos y cuya Facultad de Biología tenía científicos tan importantes como el bioquímico Wald y el estudioso de la evolución Mayr, poseía también, a juicio de Watson, demasiados miembros entre el *profesorado que seguían puntos de vista mediocres e inadecuados para la gran calidad que tenía la mayoría del alumnado de Harvard* [p. 131].

Hay momentos en los que la lectura de la obra nos subraya la excelente memoria del científico de Chicago y estos momentos hacen que el libro se vuelva cansino por detalles que poco informan y que hacen perder el hilo del relato. El siguiente párrafo bastará para subrayar lo que quiero decir: *La noche siguiente cenamos en el restaurante Rules, justo debajo del Coven Garden y a tan sólo unos minutos a pie del Aldwych Theatre, donde vimos la obra Retorno al hogar de Harold Pinter, interpretada por Ian Holm y Vivian Merchant, entonces esposa de Pinter. Después acompañé a Susie hasta el otro lado de Waterloo Bridge, donde tomó un tren para ir a casa de su madre en Putney* [p. 232].

La idiosincrasia de Watson se expresa claramente en las páginas de la obra; una personalidad inquieta, trabajadora, científica... y especialmente pedagógica. Todas estas facetas, y muchas más, aparecen en la obra de un hombre que nos da consejos de toda condición, entre los cuales no faltan los deportivos: *Para contrarrestar los altibajos neurotransmisores [sic] tan naturales en una carrera como la ciencia, practica mucho ejercicio físico para salir de tu mente con regularidad* [p. 84].

El científico de Chicago, en 1951, se asombra ante lo que ve en Cambridge (Inglaterra): *percibí una majestuosidad en el lugar y en el ambiente intelectual sin parangón en ninguna otra parte del mundo* [p. 109]; y se atreve a realizar comparaciones crueles entre diferentes centros de investigación: *El Cavendish resultaba por aquella época [1953] un imán para mentes deseosas de aceptar adeptos que les plantearan otras igual de capaces. En cambio, el Caltech de Linus Pauling era un jardín químico de mortales sobre los que se cernía un dios que no veía ninguna necesidad de asimilar las ideas y las actuaciones de otros* [p. 122].

Watson nos relata alguno de los entresijos del Nobel. A pesar de que los individuos propuestos para el Premio deben desconocer que lo son, el bioquímico Jacques Monod le manifestó a Francis Crick, el otro gran artífice de la estructura de la doble hélice, *que un miembro del Instituto Karolinska de Estocolmo le había pedido que nos propusiera en enero para el Premio Nobel de Fisiología o Medicina de 1962* [p. 185].

Watson es un hombre que nos muestra su sinceridad cuando, después de recibir el Premio Nobel, espera una importante subida de sueldo pero se encuentra que por primera vez, desde su entrada en Harvard, no tiene ningún incremento económico anual: *Al instante me puse hecho un basilisco y comuniqué mi indignación a todos mis amigos más cercanos* [p. 205]. Y es que tiene muy claro que *el salario es el medio que usa todo empleador para manifestar en cuánto te valora; necesitas el dinero o no, no dude de que el sueldo es un reflejo de tu posición* [p. 219]. Además, nos deja ver un científico natural, no alejado del mundo: *en contra de los estereotipos, la mayoría de los científicos dista mucho de sentir indiferencia por las excelencias de la vida* [p. 307].

También nos enseña aspectos de su ética científica al hablar de la verdad que tiene que aflorar en los libros que escriben los hombres de ciencia porque, consciente de que los libros que tienen más éxito son los que exageran la verdad, *los científicos tienen la obligación ética de exagerar de manera responsable* [p. 182], frase a propósito de la información que deben aportar los hombres de ciencia ante conocimientos difíciles de entender por los no iniciados: contaminación por DDT, tecnología con las células madre, etc.

Me ha llamado poderosamente la atención que el bioquímico de Chicago no haya citado en su extensa autobiografía a nuestro Severo Ochoa, sobre todo si tenemos en cuenta que hay referencias a Arthur Kornberg, que recibió con el español el Premio Nobel de Fisiología o Medicina y que se consideraba su discípulo.

Finalmente, aunque esta obra está escrita en un contexto científico —biomoléculas, fagos, biología molecular, etc.—, la terminología biológica no resulta exagerada ni agobiante y cualquier lector ajeno a estas disciplinas científicas podrá disfrutar con este libro autobiográfico.

Francisco Teixidó Gómez